

# Se apagó una vela

**JOSÉ L. BOLÍVAR**  
DOCTOR EN HISTORIA

**H**ace unos días, una mamá le dio su último beso a su hijo; un papá su último adiós. Quién iba a pensar que a un muchacho de veinte años le quedarían apenas algunas horas para vivir. Sin embargo, ese fue el caso con Julián Romero, un joven de veinte años quien fue asesinado el lunes de la semana pasada en la playa del hotel Marriott, en el Condado.

El esfuerzo y trabajo de forjar el futuro de una persona es compartido por muchos. El cariño de los padres, la dedicación de los maestros y los amigos de que uno se rodea son solo algunos de los elementos que asisten en ese proceso. La falta de estas experiencias también forjan a muchas personas en Puerto Rico y todos de una manera u otra pagamos el precio de esa ausencia.

A todos los que tocó Julián se nos murió un sueño. Amigos de él, que con ansias esperaban el día de su graduación de la universidad para así comenzar a trabajar en Puerto Rico, ahora se preguntan si en Puerto Rico es donde deberían de comenzar sus carreras profesionales. Los maestros de San Ignacio, Commonwealth y la Universidad Interamericana, que con tanta dedicación pensaban que estaban forjando un futuro, se cuestionan si en realidad nuestra sociedad tiene un futuro de paz y mejoría. De igual manera los padres de Julián, sus amigos y las personas que compartieron de alguna manera u otra con esta familia se preguntan por qué es que esta violencia nos está arrojando y cómo podría ser eliminada.

Nada devolverá la vida de Julián; ni las cortes, ni la justicia ni el encarcelamiento de los que perpetraron este crimen. Sin embargo, tenemos la opción de cruzarnos de brazos o de intentar mejorar nuestro medioambiente. Si lo logramos, la muerte de Julián cobrará un significado; y su legado no será olvidado.